

Calasanz: precursor y organizador de la escuela nueva

JESÚS DIÉGUEZ

No se ha cumplido un año desde que el Ministerio de Educación y Ciencia español editaba un nuevo PROYECTO PARA LA REFORMA DE LA ENSEÑANZA con la finalidad de convertirlo en *propuesta de debate* para todos los interesados en la futura educación de nuestro país. El primer párrafo de la INTRODUCCION, bajo el epígrafe «ESCUELA Y SOCIEDAD DEMOCRATICA» reza así:

«Toda sociedad humana genera prácticas educativas formales o informales, cuyos destinatarios son, principalmente, las nuevas generaciones. En todos los tiempos y en todas las sociedades conocidas los seres humanos educan a sus hijos transmitiéndoles un lenguaje, unos instrumentos, unas habilidades y, en definitiva, cultura. Es la tradición, la continuidad social y cultural, la que de esa manera se asegura. Pero la educación puede ser también un instrumento de transformación social.»

En 1597, no falta mucho para que se cumplan 4 siglos, un español, de nombre José de Calasanz y Gastón, iniciaba una precaria experiencia educativa en un barrio pobre de Roma utilizando unos locales ce-

didados por una parroquia y ponía al servicio de un grupo de niños pobres los instrumentos, las habilidades, sus horas y su cultura universitaria (estudios de la época en las Universidades de Lérida, Valencia y Alcalá de Henares) convencido de que iniciaba el mejor camino posible para una *reforma de la sociedad*. Se trataba del inicio de una aventura personal que pronto atraería a sus seguidores y que ha escrito la entrega frecuentemente anónima y algunos hitos relevantes en la Historia de la Pedagogía occidental.

En estas líneas se pretenden aclarar algunas preguntas: ¿qué sociedad quiso reformar Calasanz? ¿Qué le impulsa a dedicar su vida a la educación? ¿Qué novedades aporta a la escuela?

Hacia 1600

En la frontera de dos siglos, Calasanz se traslada a Roma. Cuenta con 35 años y desde su nacimiento en Peralta de la Sal (Huesca) puede considerársele un privilegiado pues ha recibido una enseñanza básica, media, universitaria y ha realizado los cursos de doctorado de la época. Trae a Roma una amplia experiencia sacerdotal (trabajos como cura rural, consejero de obispos, visitador, secretario y oficial en la diócesis de Urgell...) y a la vez una indefinición de lo que desea hacer de su vida tras la difícil respuesta a su llamada sacerdotal. Por unos u otros motivos, su vida ha sido un peregrinar constante, tanto en su época de estudiante como en sus primeros años de sacerdocio. Estudios grafológicos de este siglo subrayan un perfil psicológico de tensión vital con inclinación al realismo, al materialismo a la vez que a la mística o la espiritualidad en donde no se descarta un espíritu inquieto e incluso ambicioso.

Llega Calasanz a Roma —parece demostrado, sin excluir la sutil orientación de Dios en que han insistido los hagiógrafos—, con la finalidad de lograr una canonjía y regresar pronto a España con el resto de sus días social y económicamente asegurado. Se hospeda en el palacio del Cardenal Colonna, viste lujosamente y comienza a mover los hilos necesarios para lograr lo que pretende. De 1592 a 1597 su vida dará un giro total.

Históricamente Europa intenta recoger frutos dulces y amargos sembrados en el Renacimiento: desde los Estados y desde la Iglesia hay un interés por la enseñanza y por la educación de la juventud aunque (mal endémico de todos los planes educativos) una cosa son las intenciones y otra los resultados, pues el 90% de la población es analfabeta. Un tanto por ciento similar es población rural y la urbana vive en la contradicción de la miseria que rodea los bellos monumentos renacentistas y barrocos.

Concretamente de Roma, que ha sufrido cinco epidemias y siete terribles inundaciones por desbordamiento del Tíber durante el siglo XVI, dos testigos de la época opinan:

«Por Roma no se ve otra cosa que pobres mendigos, y en tan gran número, que no se puede estar ni ir por las calles sin que continuamente se vea uno rodeado de ellos, con gran descontento de ellos y de los mismos pordioseros.

Las frecuentes inundaciones y pestilencias del siglo han tenido, como natural consecuencia, el aumento continuo de huérfanos de uno y otro sexo abandonados y pobres.»

Roma superaba los cien mil habitantes y el humanismo, como en otros lugares, en vez de progreso significó un retraso en el campo de la instrucción pública. Mientras la literatura pedagógica italiana del siglo XVI está plagada de ideas fecundas e intuye la necesidad de una instrucción popular, en el campo práctico cada día se halla más abandonada. Los exagerados estudios humanistas pierden el concepto de instrucción gradual de la juventud; es un hecho que en esta época decae la influencia de las Universidades mientras cobran vigor las sociedades científicas de adultos. El perfeccionamiento de la imprenta, los avances científicos (Harvey, Galileo, Pascal, Torricelli...) o filosóficos (racionalismo, empirismo...) parecen pertenecer a otro mundo incapaz de conectar con la trasmisión de saberes de la escuela.

Centrándonos de nuevo en Roma, la organización de la instrucción pública contaba con trece maestros rionales o de barrio, pagados en un principio por la Universidad pero sin subvención ninguna tras el saqueo de la ciudad por lo que los que seguían dedicados a la ense-

ñanza cobraban una módica cantidad a cada alumno. La aceptación de este profesorado era socialmente bajo pues la mentalidad de la época consideraba la enseñanza como un ejercicio vil y despreciable. Trece o catorce maestros para un colectivo de más de cinco mil niños en edad de educación básica, aunque habrá que descontar a los hijos de familias acomodadas, atendidos por preceptores privados. No es de extrañar que en la Roma de finales del siglo XVI surgieran movimientos para dar respuesta a las necesidades de la educación de niños y jóvenes. Las orientaciones del Concilio de Trento impulsan a la atención catequética fomentada desde grupos apostólicos o Cofradías, parroquias y órdenes religiosas. Merecen mención especial algunas obras caritativas destinadas a los niños huérfanos como las promovidas por Leonardo Cerusi, apodado el Literato, o Felipe Neri y sus Oratorios. Pero el déficit educativo seguía siendo enorme... y ésta es la sociedad que Calasanz quiso cambiar.

Resistencia y respuesta profética

Había llegado Calasanz a Roma; se había hospedado en un palacio e intentaba arreglar cuanto antes, insistiendo en ambientes burocráticos, la consecución de una canonjía, motivo esencial de su viaje. Vivía con provisionalidad, convencido, como se deduce de sus cartas a familiares españoles, de que regresaría pronto a España.

Pero el tiempo pasaba infructuosamente. Calasanz, de espíritu inquieto, va abriendo su vida a otros ambientes. Su fervor le impele a ayudar, dedicando parte de su tiempo a colaborar con algunas Cofradías; se inscribe, en 1595, en la de los *doce apóstoles*, que realiza labores asistenciales en los barrios y poco después en la de la *doctrina cristiana*, que da catequesis dominical a los niños. Y así va penetrando en la cara oscura de Roma y va conociendo las necesidades de una chiquillería abandonada, de raíces viciadas, carne de miseria en un futuro próximo. La balanza, en el reparto de su tiempo, se va inclinando día a día hacia los barrios del extrarradio romano. Y dos acontecimientos (la epidemia de 1596 durante la que trabaja con S. Camilo de Lelis y, tras haber abierto su escuela, la inundación de 1598) van a lograr que Calasanz rechace la canonjía que tanto anhelaba, pronunciando unas palabras históricas, repetidas desde las primeras biografías:

«He encontrado en Roma la manera definitiva de servir a Dios: educando a los niños. Y no la dejaré por cosa alguna del mundo.»

Quienes han intentado una biografía interior del santo analizan con un paralelismo bíblico sus datos personales e históricos con una lectura donde Dios va interviniendo y despojando a Calasanz de todas sus seguridades. Será en Roma donde Dios espera a Calasanz para liberarlo de sus ídolos. Es un hombre bueno, fervoroso pero lastrado por la búsqueda del *prestigio* eclesiástico que le proporcionará un desahogo económico y una seguridad para un futuro tranquilo y Dios le ayudará a salir de este «Egipto» abriéndole los ojos y colocándole una muchachada a la que debe dar respuesta y que le hace olvidar sus planes. Pero esto no sucederá sin resistencia. La realidad que percibe: cientos de niños vagabundos, abandonados o de hijos de familias pobres que no pueden o saben atenderlos, entregados, desde pequeños al juego, a la ociosidad, al robo... están exigiendo una respuesta. Calasanz analiza esta realidad y opina:

«Descuidar a los pobres es abandonar a la mayor parte de los ciudadanos; los pobres no sólo son la mayoría numérica sino que con frecuencia significan lo mejor de la sociedad ya que Dios escoge a muchos de entre los pobres.

La reforma de la sociedad radica en la diligente atención de los niños pobres; pues si desde la infancia el niño es imbuido esmeradamente en la piedad y en las letras, ha de preverse, con fundamento, un feliz transcurso de su vida entera.

Lo que diferencia a las personas es la cultura. Si a los niños pobres se les ofrece una escuela que equilibre las deficiencias que encuentran para adquirir la cultura se habrán puesto las bases para reformar la sociedad.»

A pesar de estas ideas claras, Calasanz se resiste a ponerlas en práctica. No quiere, en principio, ser protagonista, no se siente llamado y por eso intenta que sean otros quienes den respuesta a esta escuela necesaria y popular.

Se dirige en primer lugar a los maestros rionales existentes y obtiene la primera negativa: su situación económica es precaria y demasiado

hacen con tener a 6 u 8 alumnos gratuitos por aula. Con recomendaciones del Cardenal Colonna se entrevista con una comisión de senadores a los que extraña su pintoresca idea de promover una educación gratuita para todos los niños romanos (¿no será arriesgado dar enseñanza a los pobres?) y le contestan que los presupuestos deben dedicarse preferentemente a finalidades más necesarias. Lo intenta finalmente con asociaciones de Iglesia (jesuitas, dominicos, diversas cofradías...) y las puertas se siguen cerrando.

Por fin decide empezar él solo. Pero más adelante intentará, por bien de los niños y por querer en cierto modo zafarse de la llamada, que su obra sea acogida por una cofradía y por una congregación religiosa; ambos intentos vuelven a fracasar.

Ideología y organización

Si los manuales de Historia de la Pedagogía dedican pocas líneas a Calasanz es por no haber dejado escritos donde metodológicamente haya enunciado las bases de su *escuela nueva*. Sus más de 10.000 cartas y algunos memoriales en defensa de la educación están escritos en respuesta pragmática a problemas concretos y tienen diseminadas interesantes ideas pedagógicas; pero el análisis del funcionamiento de sus escuelas nos sorprende por lo que significan de modernidad, apertura y adelantamiento en la historia. Si sus intuiciones se hubieran recogido desde el principio por los gobiernos, la enseñanza habría dado pasos gigantes. Ni siquiera hoy, en los países desarrollados, se ha llegado a poner en práctica algunas de sus ideas. Enumeremos:

▸ *Primera escuela popular cristiana:*

Calasanz escoge para sus escuelas el lema «Piedad y Letras» que en una traducción actualizada sus seguidores interpretan como «educación cristiana y promoción humana». Su pretendida reforma social se mueve en ambas coordenadas intentando una fusión entre la catequesis parroquial atendida dominicalmente en su época y la instrucción popular primaria de los maestros rionales.

El aspecto religioso de capital importancia en su escuela (promoviendo los sacramentos, la oración continua, un espíritu misionero y evangelizador) no le ciega; y, en época postridentina, escandaliza a la sociedad romana admitiendo en sus escuelas a niños judíos sin exigirles asistir a las prácticas religiosas.

- *Gratuidad y obligatoriedad*

Sus escuelas van destinadas, preferentemente, a los niños pobres. Eso exige que sean gratuitas. Las mantiene mediante limosnas, con sus rentas españolas, más tarde con el trabajo de sus religiosos en una pequeña huerta contigua pero sin cobrar nada por la enseñanza. Procura involucrar a organismos oficiales de la época para que las subvencionen. Ante el abandono escolar de los chicos solicita de la autoridad civil que vele para que no haya niños vagabundeando en horario escolar.

- *Escuela para la vida.*

La escuela no es una guardería donde se aparcen los niños un tiempo. Deben asimilar unas destrezas básicas que les faciliten la entrada en el mundo de los adultos. Intenta que quienes abandonan pronto la escuela logren unos conocimientos (escribientes, caligrafía, música...) que les faciliten una colocación para poder vivir.

Por otra parte, se resiste a limitar su educación a las enseñanzas básicas y lucha contra el monopolio de la época de las enseñanzas medias como paso a la Universidad, consiguiendo que en sus escuelas se impartan tales asignaturas como medio de nivelación social.

- *Desde los primeros años.*

Acoge en sus aulas a los más chiquitines y siente una predilección especial por su educación. Lo considera igualmente necesario para intentar una igualdad de oportunidades entre los des-

heredados económicamente y los que desde niños viven en un ambiente cultural elevado.

- Escuela abierta, germen de convivencia.

Invita a los padres a participar e interesarse en la escuela, pidiéndoles colaboración en arreglos materiales...; al hablar de los libros de texto, ciertamente escasos, insiste que no sólo deben ser instrumento de aprendizaje de los alumnos sino que deben servir para los padres de los chicos.

- *Metodología y pedagogía.*

En un ambiente barroco, fomenta la sencillez, claridad y brevedad como método. Valora los estudios científicos frente a los humanísticos cuando no son prácticos y rebaja la importancia del latín apostando por la lengua vernácula.

Frente a una pedagogía impositiva, reflejada en el emblema de los maestros públicos (maestro de un látigo en la mano, y un libro abierto en las rodillas; a la derecha un niño arrodillado leyendo un libro y, a la izquierda, otro chico recitando la lección) insiste, hasta el cansancio, en el diálogo, en la corrección personal y no pública y en la invitación a frecuentar los sacramentos como eficaz alternativa al castigo, en especial de tipo corporal. Propone, pues, la metodología de la paciencia y del amor; y se multiplican sus citas en sus cartas para que la escuela transmita valores humanos, sobre todo el de la paz.

- *La importancia del educador.*

Para Calasanz es la figura clave de la calidad de enseñanza. Lo define como «cooperador de la verdad» y lo sueña adornado de paciencia, vocacionado para ayudar al educando, cualificado intelectualmente y con apertura para ponerse al día en contenidos y métodos. Anima a sus colaboradores a aprender constatemente y da facilidades para que se preparen científicamente en contacto de prestigiosos hombres de ciencia: Galileo, Campanella, Schopp...

En cuanto a la organización de su escuela las novedades fundamentales son:

- diseño de nueve «grados» frente a las clases unitarias de la época;
- adaptación de cursos según la preparación conseguida, con una flexibilidad para pasar al grado superior (normalmente los cursos eran semestrales);
- un horario escolar de 6 horas diarias;
- importancia de educación estética (música, teatro...) y educación física;
- tiempos de recreos (una hora mañana y tarde) y de contacto con al naturaleza (salidas fines de semana y temporadas de clase en el campo).

Concluamos este artículo, ciertamente esquemático en los valores nuevos de la escuela de Calasanz, diciendo una palabra sobre su talante tesonero ante las dificultades surgidas en su obra. No podemos detenernos en describir dificultades económicas de las escuelas ni de orden interno con el profesorado escolapio; sólo nos fijaremos en la actitud de esperanza de Calasanz ante las dificultades provenientes de la institución superior que acogió benévolamente su obra y terminó prohibiéndola: la Iglesia.

Puede resultar de actualidad la postura de Calasanz ante la desaprobación de su obra (no tanto la escuela en sí cuanto la marcha de la Orden escolapia). Calasanz asume una actitud de esperanza y obediencia; pero una obediencia activa que se coloca en la frontera límite (similar a la decisión de que los escolapios florentinos atendieran la ancianidad de Galileo, tan sospechoso de herejía)...

En los momentos más conflictivos (lograr la separación de la congregación luquesa tras haber pensado que la unión con ellos era una buena solución, conseguir que la congregación escolapia adquiriera el rango de Orden, intentar evitar el documento de destrucción de la Orden) su obediencia va a ser hija de un carácter luchador que escribe cartas, que toca todos los resortes, que se hace oír en todos los ambientes... y siempre por el bien de la educación de los pobres... y que termina encargando, desde el lecho de muerte, que besen en su nombre el pie de la estatua de S. Pedro, en el Vaticano.